



La Santa Sede

MISA PARA LOS UNIVERSITARIOS ROMANOS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Martes 15 de diciembre de 1998

1. «El Señor está cerca de quien lo busca».

Las palabras del Salmo responsorial nos recuerdan el sentido del Adviento y subrayan la actitud que debemos tomar para vivir plenamente este tiempo litúrgico. El anuncio resulta particularmente significativo para aquellos a quienes la fe y el compromiso profesional impulsan a hacer de la búsqueda una dimensión importante de su vida.

Hoy, este anuncio se dirige de modo especial a vosotros, ilustres y queridos representantes de las universidades de Roma y de Italia: rectores, profesores y alumnos, cada vez más numerosos en esta cita tradicional de Adviento, como preparación para la santa Navidad. A todos os doy mi cordial bienvenida. Saludo al ministro de Universidades e investigación científica y a las demás autoridades académicas; saludo a la representación de directores administrativos, que participan por primera vez en este encuentro. Doy las gracias al rector magnífico y a la joven estudiante, que se han hecho intérpretes, en cierto sentido, de toda la comunidad académica romana e italiana.

2. Nuestro encuentro se sitúa en el tiempo litúrgico del Adviento, que brinda mensajes sugestivos y profundos. Ante el Señor ya cercano —«Dominus prope!» (Flp 4, 5)— y el Rey al que debemos adoración —«Regem venturum, Dominum, venite adoremus» (*Breviario romano*)—, tenemos que dejarnos interpelar por las grandes cuestiones de la vida. Se trata de interrogantes siempre actuales, que atañen al origen y al fin del hombre. Son preguntas que ya se planteó el concilio Vaticano II en la constitución *Gaudium et spes*. Esos interrogantes nos acompañan constantemente; más aún, podríamos decir que existen juntamente con nosotros. ¿Quién soy? ¿De dónde vengo y a dónde voy? ¿Cuál es el sentido de mi existencia y de ser una criatura humana? ¿Por qué siento esta perenne «inquietud», como solía llamarla san Agustín? ¿Por qué

razones debo responder constantemente a las exigencias de la moral, distinguir el bien del mal, hacer el bien y evitar y vencer el mal? Nadie puede dejar de plantearse estas preguntas. La sagrada Escritura, comenzando por el libro del Génesis, les da respuestas exhaustivas. Y esas respuestas constituyen, de algún modo, el contenido del Adviento de la Iglesia, que actualiza el pasado y nos proyecta al futuro.

«El Señor está cerca de quien lo busca », dice la liturgia de hoy, abriéndonos magníficas perspectivas. En efecto, «cerca » y «lejos» son categorías relacionadas con la distancia mensurable en el espacio, con la distancia mensurable en horas, años, siglos y milenios. Sin embargo, el tiempo del Adviento nos invita a considerar sobre todo la dimensión espiritual y profunda de esa distancia, es decir, su referencia a Dios. ¿Qué es y cómo podemos percibir la cercanía o la lejanía de Dios? ¿No es en el «corazón inquieto » del hombre donde se percibe de modo sensible y adecuado la dimensión espiritual de la distancia y de la cercanía de Dios?

3. El hombre es visibilidad y misterio, cercanía y lejanía de Dios, frágil posesión y búsqueda continua. Sólo captando estas coordenadas íntimas del ser humano podemos comprender el Adviento como tiempo de espera del Mesías.

¿Quién es el Mesías, Redentor del mundo? ¿Por qué y en qué consiste su venida? Una vez más, para adentrarnos en este camino, debemos tomar como punto de referencia el libro del Génesis. Nos revela que el pecado y su entrada en la historia es la causa de la distancia entre el hombre y Dios, cuyo símbolo elocuente es la expulsión de nuestros primeros padres del paraíso terrenal.

Dios mismo, a continuación, manifiesta que el alejamiento del hombre a causa del pecado no es irrevocable. Más aún, exhorta a la humanidad a esperar al Mesías, que vendrá con la fuerza del Espíritu Santo, para enfrentarse al mal o, mejor, al príncipe de la mentira. El libro del Génesis anuncia expresamente que es el Hijo de la mujer, e invita a esperarlo y a prepararse para acogerlo dignamente. Los libros sucesivos del Antiguo Testamento, precisando y ampliando este anuncio, hablan del Mesías que nacerá en Israel, el pueblo elegido por Dios entre todas las naciones.

A medida que se acerca la «plenitud de los tiempos» (Ga 4, 4), la espera se va cumpliendo y se comprende cada vez mejor su sentido y su valor. Con Juan el Bautista, esa espera se convierte en una pregunta concreta, la que los discípulos del Precursor hacen a Cristo: «¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?» (Lc 7, 19). Esta misma pregunta se la hicieron otras muchas veces; sabemos que la respuesta de Cristo fue la causa de su crucifixión y de su muerte, pero podemos decir que esa respuesta fue indirectamente la causa de su resurrección, de la manifestación plena de su mesianidad. Eso es lo que se llama historia de la salvación. De este modo admirable, se cumplió la promesa hecha a la humanidad después del pecado original.

4. Amadísimos hermanos y hermanas, el tiempo de Adviento se nos da para que podamos hacer

nuestro una vez más el contenido de esa pregunta: ¿Eres tú el Mesías?, ¿eres tú el Hijo de Dios? No se trata simplemente de imitar a los discípulos de Juan el Bautista, o de proponer de nuevo el pasado; al contrario, es preciso vivir intensamente los interrogantes y las esperanzas de nuestros días.

La experiencia diaria y los acontecimientos de cada época muestran que la humanidad y cada persona están en continua espera de esa respuesta de Cristo, que avanza en la historia, viene a nuestro encuentro como el cumplimiento esperado de los eventos humanos. Sólo en él, colmado el horizonte caduco del tiempo y de las realidades terrenas, a veces maravillosas y atrayentes, encontraremos la respuesta definitiva a la pregunta sobre la venida del Mesías que hace vibrar el corazón humano.

Queridos jóvenes alumnos e ilustres profesores, también para vosotros la espera de Cristo debe traducirse en búsqueda diaria de la verdad, que ilumina los senderos de la vida en todas sus expresiones. Además, la verdad impulsa a la caridad, testimonio auténtico que transforma la existencia de la persona y las estructuras de la sociedad.

La revelación bíblica pone de relieve el vínculo profundo e intrínseco que existe entre la verdad y la caridad, cuando exhorta a «hacer la verdad en la caridad... » (Ef 4, 15); y, sobre todo, cuando Jesús, el revelador del Padre, afirma: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6).

La cima del conocimiento de Dios se alcanza en el amor: en el amor que ilumina y transforma con la verdad de Cristo el corazón del hombre. El hombre necesita amor, necesita verdad, para no dilapidar el frágil tesoro de la libertad.

5. En la universidad hay *un signo vivo del Evangelio: es la capilla*. Me complace ver que van multiplicándose en los diversos centros universitarios de la ciudad. A todas y cada una quiero entregar esta tarde *la cruz de la misión ciudadana*. Queridos hermanos, amad las capellanías universitarias y brindad con gusto vuestra colaboración para las actividades pastorales, numerosas e importantes, que se promueven gradualmente.

Deseo expresar aquí mi profunda estima a los profesores que están dedicando tiempo y energías *a la preparación del jubileo de los profesores universitarios* y a quienes están preparando activamente *la Jornada mundial de la juventud del año 2000*, después de la de París. Me complace, asimismo, el desarrollo de los *grupos culturales* en las diferentes facultades, y deseo que estén al servicio de la Palabra que, sembrada en los terrenos de las investigaciones más osadas, las hace producir abundantes frutos de bien para el hombre.

También oro para que la iniciativa de las *catequesis sobre el Padrenuestro en la universidad*, que han ido intensificándose durante este año de misión en los ambientes, ayude a cada creyente a profundizar su conciencia de la llamada a ser levadura evangélica en el mundo universitario.

6. «Regem venturum, Dominum, venite adoremus!».

El tiempo de Adviento, y especialmente la Novena de Navidad, que comenzaremos mañana, nos estimula a dirigir nuestra mirada al Señor que viene. Precisamente la certeza de su vuelta gloriosa da sentido a nuestra espera y a nuestro trabajo diario. Al contemplar a Jesús con la actitud interior de María, Virgen de la escucha, se fortifica nuestro compromiso, a veces arduo y fatigoso, y se vuelve fecunda nuestra búsqueda activa.

El Señor está cerca de quien lo busca, nos repite la liturgia durante estos días. Dirijamos a él nuestra mirada e invoquémoslo: ¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven, Redentor del hombre! ¡Ven a salvarnos! «Dominus prope»: el Señor está cerca de quien lo busca. Venid y adorémoslo. Amén.

* * * *

(Al final de la eucaristía entregó la cruz de la misión ciudadana a treinta y cuatro jóvenes para que las coloquen en las capillas universitarias)

Queridos universitarios, Jesucristo es el único Salvador del mundo, ayer, hoy y siempre. Os confío estas cruces para que en vuestras capillas universitarias recuerden a todos los que las miren el misterio de pasión y gloria que da sentido a nuestro camino de fe y de vida. María, que estuvo al pie de la cruz de su Hijo, os guíe y apoye para que acojáis y deis a conocer a Jesucristo, único Salvador del mundo.